

turera, encuentre *insipidas las sátiras* de Lozano y de Guevara, y que pierda la calma del crítico hasta ser mordaz con el primero y tildar la belleza física del segundo, que no creemos hiciera gala de una gallardía con que tampoco sabemos, si tuvo la naturaleza la previsión de dotarle. El naturalista se dejó vencer de sus hábitos é inclinaciones, y no pudo dispensarse de echar una mirada sobre el físico del buen jesuita.

Asegura el señor Azara, que la historia de Guevara no es otra cosa que una copia de la de Lozano.

De esta última no corre impresa sino una parte, la titulada *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay*; y forma dos volúmenes *in folio*. Hemos estudiado detenidamente ese libro rarísimo con otro objeto, gracias á la bondad de un amigo ilustre, que lo conserva en su riquísima biblioteca, á quien, asiendo la ocasión por los cabellos, queremos agradecer aquí su constante generosidad y benevolencia.

Esta parte se limita á lo que promete su título: la que encierra la historia política está inédita todavía y el único ejemplar de que tenemos noticia, pára en manos de otro literato no menos ilustre, que se ha librado de nuestros abusos, gracias á no honrarnos con su amistad. Sólo podemos juzgar, pues, de la parte de Guevara, que se refiere á los jesuitas, y como ésta fué completamente suprimida en la edición del señor Angelis, nos vemos obligados á que se nos crea bajo nuestra palabra, que á lo menos es sincera y viene de un ánimo sin preven- ciones.

Entendemos, en efecto, que es el P. Pedro Lozano el verdadero analista, que ha trabajado su historia sobre documentos originales, formando á costa de una gran laboriosidad el libro en que han bebido todos los que después de él se han ocupado de la época que abrazó. Sólo un siglo comprende su voluminoso trabajo; de manera que en él puede encontrar los detalles más menudos el que solo le abre por curiosidad ó el que no se empeña en hacer un trabajo original. Con su historia bajo los ojos cree uno asistir á los menores pasos de los establecimientos jesuíticos en estas regiones, tal es la escrupulosidad con que refiere todo. Sin embargo, lo superabundante de sus narraciones, la gran extensión dada á episodios de menor importancia y el andar difícilísimo con que marcha, distraen por las noticias insigni-

ficantes que agrupa, de los verdaderos hechos saltantes, que es preciso recoger entre esa crónica minuciosa con no pequeño trabajo. Si á esto se agrega la falta de colorido de los cuadros, lo difuso del estilo, que ha hecho de ese libro, y sea esto dicho sin menoscabar en lo mínimo el mérito del laborioso analista, una cédula real en dos tomos, se vendrá en conocimiento de la falta de vida y de animación de que adolece, tan necesaria en la historia; y de la razón por qué el P. Lozano es una penosísima lectura, que jamás podrá ser emprendida sino por la decisión de estudiarlo.

Popularizar á Lozano, dándole la vida que le falta, descartando todo lo que contiene de menor importancia, ó mejor dicho: escribir una historia, valiéndose de los datos reunidos por él, con constancia digna de ser agradecida muy sinceramente por la posteridad, fué tal vez pensamiento que entró en la mente de los superiores de su orden, y la empresa no era ciertamente menos meritoria que la de Lamartine en su *Historia de Turquía*.

¿Hizo esto el P. Guevara?

Es indudable (1) que la mayor parte de las noticias, consignadas por Guevara, provienen de esa fuente, no tanto, sin embargo, que en algunos puntos no discrepe de Lozano,—pero es en detalles, poquisimas veces, y siguiéndolo paso á paso, en todo lo de bulto. Hay episodios en que usa casi las mismas palabras que aquél, mientras agrega en otros tal cual noticia.

Un solo ejemplo pondremos de cada caso.

Al referir Lozano (2), los principios de las misiones del Paraná, después de las peticiones de Arapizandú y empeñándose el obispo Lizárraga en no enviar misioneros si el gobernador no los hacía escoltar, á lo que se negó, Hernando Arias de Saavedra cuenta que, pidiendo éste su cooperación á los jesuitas, el P. Torres, determinó enviar al infatigable misionero Marciel de Lorenzana. No queriendo obligarlo formalmente á emprender cruzada tan peligrosa, juntó los padres en el colegio y de un modo indirecto se hizo entender de Lorenzana; que pronto á aceptar todos los trabajos, no vaciló un momento; acreditándose la buena elección del provin-

(1) Téngase siempre presente, que sólo nos referimos á la parte de los jesuitas.

(2) Lib. V, Cap. XVIII, tomo 2.º, pág. 178.

cial cuando en el año siguiente se vió levantada la reducción, que después se llamó San Ignacio Guazú.

El P. Guevara (1), refiere este episodio casi textualmente; sigue paso á paso la relación de los antecedentes y el párrafo en que se da noticia de la reunión del colegio, lo pone casi á la letra. Charlevoix (2), ha seguido también á Lozano en esa relación, pero dándole otro tinte de mayor novedad, como ha hecho en gran parte de los siete primeros libros de su *Historia del Paraguay*, á que ha reducido los dos volúmenes de Lozano, prestándole el interés que él sabía dar á sus relaciones, pues á nuestro entender, ninguno de los historiadores que nos ocupa es comparable á Charlevoix bajo el punto de vista del estilo.

Si en esto ha seguido Guevara á Lozano, aunque calla el nombre del doctor Hernando de la Cueva, cura de Yaguarón, que acompañó (3) á Lorenzana y San Martín, véase un ejemplo de lo contrario, á pesar de no tratarse de un hecho culminante, en el modo como difiere de él al dar noticia de la casa de recogidas fundada en la Asunción, por la madre Francisca Bocanegra. El P. Lozano la coloca en 1610: el P. Guevara asegura que no tiene fijeza en cuanto á la fecha, y una vez separado del antiguo historiador en este detalle, lo continúa hasta el fin, y después de contar la muerte de la piadosa mujer, acaecida en 1616, inserta un soneto con que dicen celebraron sus exequias, «más amoroso que elegante», según él, en lo que no es preciso decir que tiene razón, ya que tanto recuerda aquello de:

La batalla de Bitonto
Tonto, no fué en Mondragón, etc.

El soneto, que por vía de curiosidad queremos ofrecer al que haya leído hasta aquí estas áridas observaciones, fué hallado por él en el Archivo de Córdoba, de letra del P. Diego de Boroa (4), y dice así:

Cóncava cara ¿qué es de nuestra madre?
Querida madre, dínos donde habitas?
¿Haste olvidado de estas pobrecitas

(1) M. S., fol. 241.

(2) Lib. VI.

(3) Lozano, ut supra.

(4) M. S. fol. 330.

Por verte con el Hijo y con el Padre?
Dínos algo, señora, que nos cuadre,—
¿Por qué nos tienes tristes y marchitas;
Huérfanas somos grandes y chiquitas:
Ya no tenemos perro que nos ladre,
Lúgubre Parca, Muerte furibunda,
¿Por qué nos has quitado nuestra Luna
Y se la has dado á la noche negra?
¿Dónde hallaremos, muerte, otra segunda?
Muy triste y corta fué nuestra fortuna,
Pues que perdimos á nuestra Bocanegra.»

Hemos deseado señalar esta diferencia, para notar que no siempre marchó Guevara sobre la huella de su predecesor, y también, que al separarse de ella, nunca fué en hechos culminantes sino accesorios, pudiéndose asegurar que no bebió sus noticias sino en aquella fuente. Ha economizado también el padre todas las abundantes noticias biográficas con que Lozano enriqueció su obra, y con las cuales ha dado á conocer á la posteridad los varones que figuran en su historia. El canónigo Xarque (1), y el P. Machoni (2), en sus biografías se han servido no poco de las noticias recogidas por el P. Lozano, bien que aumentadas con buena parte de trabajo original; pero ni Guevara ni Charlevoix, han tomado nada de los rasgos biográficos, acaso por disminuir la extensión de sus obras.

Tampoco inserta Guevara documentos que publicó Lozano, así como Charlevoix tiene interesantísimos apéndices de piezas justificativas, que bastarían á hacer apreciable su obra.

Al juntar los nombres de Guevara y Charlevoix, no pretendemos ni sería justo igualarlos en importancia. Entre ambos autores no hay que vacilar. El P. Charlevoix tomó, es cierto, datos de Lozano en sus siete primeros libros, pero adelantó considerablemente los trabajos, y suyo es todo lo que abraza la época que se extiende desde el primer cuarto del siglo XVII, en que Lozano dejó su *Historia*, hasta mediados del siglo XVIII, en que él dejó la suya. Su estilo correcto y agradable, sus narraciones animadas y su espíritu tan imparcial como puede esperarse de él, dadas las circunstancias que le rodeaban, son méritos que lo elevan mucho en la gratitud de los que le debemos el gran servicio de su historia.

(1) *Insignes misioneros del Paraguay*, Pamplona, 1687.

(2) *Las siete estrellas de la mano de Jesús*, Córdoba, 1732.

El P. Guevara por el contrario no adelantó un solo paso, y esto nos obliga á pensar que no se propuso otra cosa que facilitar la lectura de Lozano, disminuyendo el volumen del libro y cambiando el modo de referir los sucesos.

Si la *Historia* ha ganado en amenidad y galanura lo que ha perdido en abundancia, al pasar por las manos del P. Guevara, es cuestión difícil de resolver. Entre un estilo desanimado pero natural, y un hablar amanerado y repulido, hay una relación bastante análoga á la que guarda la palidez de una mujer con la falsa y ridícula vivacidad del colorete á que recurre otra.

El P. Lozano es seco y su lectura tediosa; Guevara, en cambio, lleno de frases forzadas, y de rasgos gerundianos, agota la paciencia del lector con su melosa dulzura y deja no sé qué sabor afeminado y desagradable, que haría preferir las inacabables digresiones del primero, si la conciencia del buen gusto no nos obligara (en materias de estilo) á quedarnos sin ninguno de los dos.

Hasta aquí parece tener razón el señor Azara, salvo en el tono de desprecio con que califica de *cópia*, el trabajo de Guevara. No: la *Historia* del P. Guevara no es una *cópia*; es un extracto bien hecho de la de Lozano: es una historia formada con abundante cosecha de noticias reunidas por la infatigable laboriosidad del célebre analista: Guevara ha reducido á más cómodas dimensiones el voluminoso trabajo de aquél, sin duda con el intento de popularizarlo y hacer su lectura fácil á todo género de personas, y lástima grande es, no tener conocimiento exacto de su intención, lo que, por otra parte, no es de extrañar, sabiendo el tiempo que ha permanecido el manuscrito sin otros visitantes que la polilla, y el que puede haber corrido en manos de copistas poco avisados.

Pero donde se ha manifestado á las claras la pasión del señor Azara, es cuando de un solo golpe hiere á ambos padres y después de haber denigrado á Lozano, dice que Guevara substituyó algunas sátiras de aquél por otras más insípidas, etc., etc. El señor Azara llama *sátiras insípidas* á las juiciosísimas reflexiones y á las humanas quejas de estos escritores sobre el bárbaro sistema de las malocas y de las encomiendas, fundado por el gobernador Domingo Martínez de Irala (1).

(1) Ruiz Díaz, lib. III, cap. I.

Hemos dicho más arriba, que la lucha sostenida contra ese ensayo feudal, es una corona para los jesuitas, y sólo la ciega pasión del señor Azara, que llega á sostener (1) las yanacomas como preferibles al sistema de gobierno observado en las misiones por los padres de la Compañía, ha podido mover su pluma á hacer tan mordaces cargos contra estos historiadores. No es del caso examinar el principio político de las reducciones; pero el peor gobierno imaginable, es preferible á aquel que se funda en la esclavitud de una raza, para cuya dominación se abusa de las ventajas de la civilización, que solo deben emplearse en el desarrollo personal y social de la criatura humana.

En una monografía sobre los comuneros del Paraguay en el siglo XVIII, que prometemos á los lectores de LA REVISTA (2), nos ocuparemos con alguna detención, de estas cuestiones; baste para el presente caso decir, que en el entusiasmo febril del señor Azara, por las injusticias de la conquista aventurera, está la causa de su enemiga contra los historiadores de que veníamos hablando. No puede perdonarles que se hayan constituido eco de la humanidad envilecida y de la razón degradada, para defender el derecho, tantas veces reconocido por los reyes de España contra el servicio personal, condenado en las Ordenanzas de 1611 y en la Recopilación de Indias. Lozano y Guevara no hacían otra cosa que defender el derecho humano y las eternas máximas de la justicia: la voz del mundo entero y la omnipotencia de la libertad, que habla aun cuando no la queremos oír, vibraba en sus labios, y no con *sátiras insípidas*, sino robustecidas por la razón y amamantadas por la verdad.

Frio calculador de la naturaleza, el señor Azara no bebía inspiraciones y entusiasmos en la contemplación de sus grandes obras: no dejaba brillar al exterior las santas vehemencias del sentimiento, y parece que á sus ojos el derecho no fuera más que una palabra, y el indígena de América no tuviera otra importancia que la de una pieza zoológica. Imperdonable falta en el hombre

(1) Véanse los capítulos de su viaje, relativos á los sistemas de conquista y á la población.

(2) V. OBRAS COMPLETAS del autor, tomo I.

del siglo XVIII, que había leído *El espíritu de las leyes* y la *Disertación sobre los delitos y las penas*.

No hay tales *sátiras inspidas* ni en Lozano ni en Guevara; hay verdades, que cada cual ha dicho a su manera, pero tan claras, tan vaciadas en el sentimiento, que si alguna vez se inclina uno a olvidar los defectos del estilo, es cuando ve su generoso esfuerzo por llevar a todos los ánimos el convencimiento de las simpáticas opiniones, que han herido al señor Azara, hasta cegararlo, y encontrar demás la historia de Tucumán en un libro que se llama *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*.

Entre las opiniones de los señores Angelis y Azara está la verdad sobre el P. Guevara: *in medio est virtus*. Ni es enemigo de la conquista, como el señor Angelis pretende, ni sus sensatas reflexiones son *sátiras inspidas*, como afirma el célebre naturalista. El P. Guevara es jesuita. El P. Guevara ataca sólo la conquista aventurera y el dominio feudal de los encomenderos. El P. Guevara da lo que tiene: un rayo de justicia llegado hasta él a través de la atmósfera de preocupaciones y de intereses que lo rodeaban: sigue el curso oscilante de las opiniones políticas de su orden en América, y ni su editor tenía el derecho de truncarlo para enaltecerlo, ni su crítico debió dejarse llevar de la pasión para herirlo con mordacidad.

Como escritor guarda también el término medio entre ambas opiniones. Ha reasumido a Lozano con habilidad, pero escribiendo tan desagradablemente como aquél, y ni es un mal copista (1), ni es un autor de primer orden.

El P. Guevara participaba de los errores de su época, pero acredita un excelente corazón. Estas calidades relucen en su libro.

Poco original en las investigaciones; partidario de la verdad cuando la encuentra; fácil en creer prodigios si cree que puede mezclarse en ellos la omnipotencia; severo y reservado cuando sólo se trata de la humana voluntad;—el P. Guevara nos dejó un libro, que es un monumento de la época: la refracción de las ideas que lo

(1) El índice de las plantas medicinales, de que hemos hablado antes y que parece ser una novedad, a estar al origen que el autor le señala, es una prueba más de que no siempre siguió servilmente a Lozano, y de que algo buscó por su parte.

dominaban, sencillo y celoso misionero con buenas dotes de historiador;—que es lamentable no cultivara en trabajos más nuevos y corrigiendo su estilo.

El P. Guevara con Lozano por guía, observó el cuadro de la conquista y de cierta época de la vida colonial, desde las ventanas de un colegio de la Compañía: refirió sus impresiones y noticias en papel de orlas doradas, y corriendo los años, el señor Azara por su parte, quiso cubrirle con un puñado de la tierra, que examinaba, al paso que algo más tarde el señor Angelis, lápiz en mano, lo levantó hasta donde pudiera descender la grave Clio y coronarle con laurel de sempiterna frescura. La serpiente Ampalaba y el indio del Hembay reclaman contra la apoteosis, la raza americana defendida se empeña en limpiarle el polvo que le arrojó la mano del renombrado comisario. Sin abrumarnos la celebridad de los nombres, nos hemos puesto en medio de los combatientes, señalando el camino, que toca al primer editor de Guevara andar del todo, y mostrando el libro y el autor como son, colocar las cosas en su lugar, dando a cada uno lo suyo.

Con temblor nos hemos acercado a las tumbas: ¡ojalá! no las hayamos profanado con una injusticia, y lo repetimos, el día en que el pueblo pueda leer a Guevara, él dirá si nuestras opiniones son tan rectas como nuestra intención. Si hemos hecho un servicio, nos contentaremos con que lo agradezcan los eruditos, y sino, en el pecado llevamos la penitencia, de que toca perdonarnos a los lectores de LA REVISTA que hemos molestado con este largo y fastidioso artículo.